Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

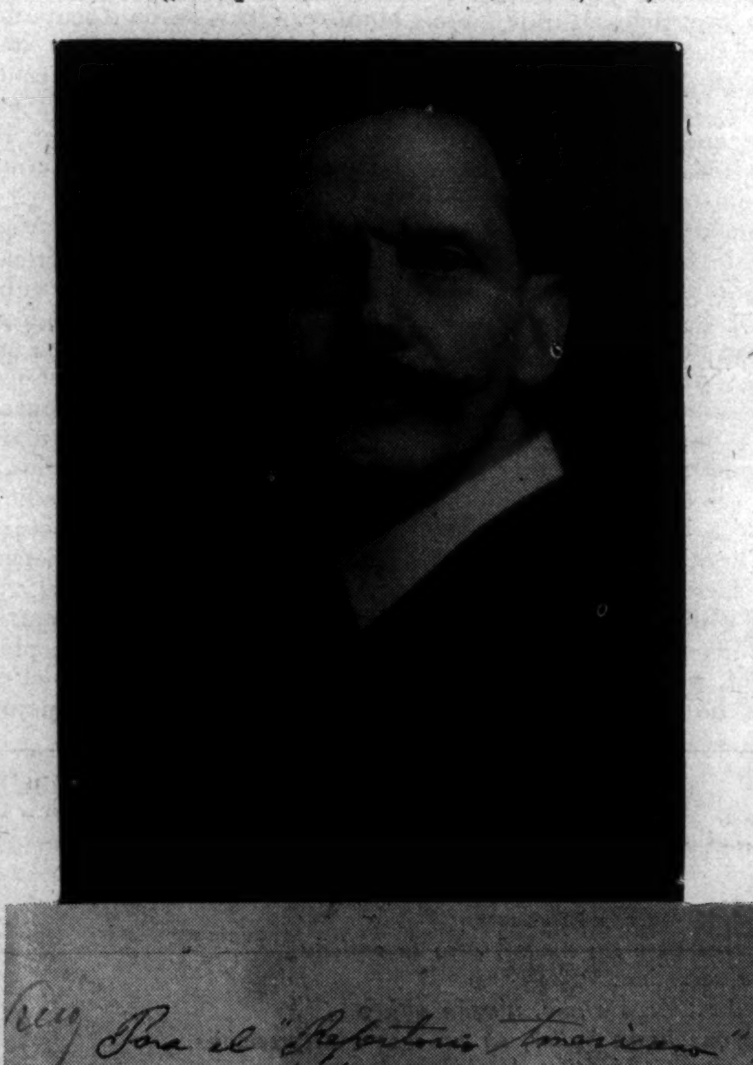
Tomo XXXVII | San José, Costa Rica **1940** Sábado 6 de Enero | Núm. 1

Año XXI — No. 881

Contenido:

La crísis del mundo y el pensamiento de Carlos Vaz Ferreira

((*Envío del autor*. Buenos Aires, octubre, 1939)



Si la inteligencia de nuestra América no fuese — como en efecto es — una serie de asechos, de ensayos, de atisbos, de exploraciones para futuras realizaciones, de súbitas inspiraciones apenas insinuadas, pero nunca agotadas, de "try and error", de posponer lo intuido hoy en un problemático objetivo mañana, de crear por pálpitos sin servirse de cómputos, de despreciar el duro aprendizaje y confiarlo todo a la intuición; si no fuese juego de ocio en vez de disciplina obligada, si no fuese pasatiempo: Ay!, José María Salavarría ha dicho con feliz observación que los libros de nuestra lengua y por autores nuestros, dejan siempre la sensación de que el autor es superior a la tarea entregada (lo que no sucede en francés que hay la sensación de perfección y de agotamiento completo de recursos por parte del autor) y lo mismo diríase de esos poemas que leemos en nuestra lengua y en que graciosamente y en gran abundancia vense en amable comunidad lo genial con lo ridículo, lo sublime con lo prosaico. Bien, si el genio es una larga paciencai, nuestra América es un continente estúpido como dijo el otro. Pero tanto que, por ese infantil discernir, ha carecido de un registro serio (como en otras literaturas) de sus valores señeros, que en puridad y tratándose de América, tienen que ser aquellos que menos se dejan influenciar y más tuétano tienen para endilgar su propio pensamiento sin padrinos ni madrinas. En este sentido, el Uruguay ha producido valores intelectuales así.

Claro que todos nos hemos puesto ya de acuerdo en cuanto a que, tratándose de una civilización asimilada o incorporada, en vez de ser germinada por nuestro ser—como una araña que se le obligase a parir hijos sobre la tela de la vecina—nuestra situación no es del todo cómoda, nuestra extrañeza del medio es notorio, los hijos que queremos parir con nuestra inteligencia, tienen que ser un poco deformes, pues nuestra atención se bifurca entre el acto exclusivo de la creación y en la necesidad de asimilarnos al medio en que vivimos. Eso no acontece con el europeo, cuya cultura y civilización le vino de adentro: por eso ser original entre nosotros es doblemente difícil. Por eso nuestros mejores intelectuales no han sido otra cosa que hábiles depuradores de la obra de los europeos. Pero... han sido creadores?

That is the question: eso es lo que podría ser discutido. Y Carlos Vaz Ferreira en nada me parece tan original como en su muletilla: contra la imitación; debemos luchar contra la imitación. Hoy por hoy para nuestra América no hay problema más trascendental que ponernos de acuerdo para dar punto final a la imitación y estudiar las posibilidades para **crear**; he aquí un término en decadencia y peligroso, pues indica rebeldía.

Rubén Darío no estuvo mal cuando, después de darle vueltas como trompo a su entusiasmo, llegó a esta categórica conclusión: si hay poesía entre nosotros, ella está en el indio... Pero obsérvese que poesía en este caso puede substituirse por el vocablo "originalidad". Es que América solamente ha producido una sola cosa que no es europea: el indio. Lo demás son palabras, como apunta el poema de Juan Ramón Jiménez.

Pero el filósofo Doctor Vaz Ferreira no sólo es grande cuando llama a que formemos un frente unido—valga el término tan en boga— contra la imitación, sino que él mismo se siente ya demasiado crecidito cómo para pensar con su propia cabeza... Y es que aquí está la cuestión: casi todo el que escribe para el público cree pensar con su propia cabeza, sin darse cuenta que sobre su espalda un diablo pícaro le está soplando...

Por eso es difícil manejar ideas y no poner todo el acento sobre la parte decorativa, sobre la exposición de ellas, con buena destreza dialéctica, sino que consultar las mismas poniéndolas frente a la realidad circundante, ya que mal método es copiar de oídos y no frente al natural, pues de no ser así, bien poco habremos de valer como hábiles dibujantes.

Vaz Ferreira—para el caso y he aquí una opinión de América, esto es, de una inteligencia que por venir de un medio lejano (el Nuevo Mundo) debería tomar Europa en conside-

ración: no cree, decíamos, que la crisis actual sea de la moral o los sentimientos, sino que cree que es de la razón.

Opinión como cualquier otra, dirán los europeos. Para nosotros es un parecer de un americano ilustre. El más ilustre de los filósofos hispanoamericanos, acaba de decir Coriolano Alberini, el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Pues bien: es el caso que Vaz Ferreira, rector de la Universidad de Montevideo, ha dado tres muy bellas e intensas conferencias con el título de: "La crisis del presente desde el punto de vista racional", aquí en Buenos Aires y con tal motivo se le ha tributado una verdadera apoteosis. Cruzó el "charco" como dicen con gracia los porteños al Río de la Plata y—cosa rara—era la primera vez que hablaba para este público.

Por cierto que un hombre de pluma y de pensamiento no suele ser un buen expositor. Vaz Ferreira sí que lo es. Su don de artista de la palabra es tan auténtico, como su capacidad de sumersión hasta tocar fondo y extraer el meollo de los problemas sociales, educacionales y políticos de nuestro tiempo.

Vaz Ferreira ejerce en América el magisterio de la razón y lo único que lamentamos es que su cátedra no alcance a los últimos rincones del continente. Si es que debemos endilgarle **peros** he aquí uno: su modestia y lo desabrido que él resulta como condimento, cuando se le mezcla en el conocido plato criollo que se llama afán de popularidad.

Más bien lúcido que grave, que solemne o que ditirámbico, su exposición oral cala hondo en la inteligencia del público que lo escucha, pues Vaz Ferreira sabe exponer, como todo aquel que piensa claro. Su prueba rotunda es que suscita inquietudes.

Y no piensa en lugares comunes, cáncer del pensamiento americano. Prueba es que mientras todos echamos la culpa de nuestros males a la inmoralidad, él—¡que Dios lo oiga!—cree en el actual mejoramiento moral de la gente de nuestro tiempo. La crisis para él es de "racionalidad", de "razón razonable". Su opinión, (si es que debemos precipitarla de una vez y reflejar así el tuétano de su tesis), consiste en que la capacidad crítica, pobre en todas las épocas, se ha debilitado más aún en la nuestra y sufrimos una falla de incapacidad para aprovechar mejor la experiencia. Lo que hay, pues—según el maestro uruguayo—no es crisis de la moral, sino crisis de la razón, que es como decir, crisis de la lógica. Ved, si no, las tonterías económicas o políticas de nuestro tiempo: los países que echan el trigo o el café al agua, mientras hay miles de seres humanos sin pan ni café para su subsistencia. La guerra, que es destrucción, como recurso de orden. Pero no es con estas superficiales, aunque son ciertas observaciones, con que defiende su tesis. Hácelo destruyendo precisamente los principios en que se basan los que suponen que la moral es el factor que está en la picota. ¿De qué modo destruye esos principios? Pues aseverando que ciertos conceptos que antes eran reales, ahora ya no lo son. Para el caso—y valga la expresión de que él mismo hace coyuntura—ahora ya no existen "especialistas en sentimientos". Quiere decir que ha habido especialistas, por ejemplo, en patriotismo y en santidad, pero he aquí que ahora se han incorporado nuevos ideales que antes no existían. En otras palabras, cosas que ahora son permitibles, antes fueron consideradas inmorales. Y de allí lo que él observa, esto es, la moral conflictual, cánones morales que se encuentran y chocan por su encontrada ruta. Así, pongamos por caso, un artista que requiere tiempo y energía para el cultivo de su arte, puede no cumplir destinando ese tiempo y esa energía a servir a los suyos y aparecer como hombre inmoral o viceversa: sacrificar su arte en aras de las obligaciones que así le exigen los cánones de la moral. He aquí, pues, un conflicto de ideales, he aquí una moral conflictual. Otro: Conciliar el patriotismo con el humanismo. Otro: Conciliar la salud de la raza con la piedad para con el enfermo, etc.

A la luz de los principios que el maestro dejó enumerados y que parten de que aún en aquellos casos en que el factor ético parece ser el fundamental, el racional es siempre muy grande y a veces predominante, llega a resumir de este modo: existen actualmente cuatro tragedias en el mundo nuestro: la de la democracia, la del individualismo, la de la lucha de clases y la de la lucha de razas, poniendo de manifiesto en cada caso los elementos irracionales que en parte las provocaron y que dificultarán también su remedio.

Las conferencias subsiguientes—densas de pensamiento, fluidas como corriente de agua, bellas de expresión y de humana y generosa modulación de voz—se redujeron a explicar cada una de estas así llamadas tragedias.

Bueno es que se sepa que el maestro uruguayo aconseja que no se debe pensar por teorías hechas, sino directamente, pues así débenlo hacer los espíritus realmente sinceros y también comprensivos.

Vaz Ferreira, el hombre

Pero no queríamos sino tomar como coyuntura tan lúcidas conferencias y rozarlas apenas, ya que nuestro objetivo era hablar de Vaz Ferreira, el hombre. Otros se han ocupado de sus ideas que, por lo demás, no merece la pena estudiarlas a la luz de esta sola tesis expuesta últimamente en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

En muchos aspectos, Vaz Ferreira es único en América. Posiblemente el género de vida que hace le permite la originalidad de su pensamiento. Es un trabajador formidable, rehuye dejarse influenciar por pensadores en boga de ultra mar, menos le importa la popularidad y nombradía. En medios y épocas en que el intelectual vive para los demás y piensa de afuera para adentro, él vive para sí y crea de adentro para afuera. Esta aparente platitud tiene su razón de ser. Pero yo creo que sería mejor hablar del maestro uruguayo diciendo que es todo un hombre. Eso: es todo un hombre. Su hija, maravilloso espíritu cultivado por el padre, me dice que escribiría un libro que se intitulara "El Cristo Obscuro" con toda la vida de sacrificios, fe y empeño con que el padre se ha levantado hora por hora, día por día, en crecimiento y formación de su obra. Ya lo sabía, (todo el mundo lo dice), Vaz Ferreira vale mucho como hombre, su prédica la vive. Jamás hubo filósofo más sano de alma, más puro de vida, más digno de tirar la primera piedra...

Esta expresión feliz de "Cristo Obscuro", la ha tomado seguramente Matilde Vaz Ferreira—pues no me lo indica en su carta—del último capítulo de "Fermentario". Con "Cristo Invisible" denomina el maestro aquellos hombres que encuentran la **imposibilidad** de resolver todos los ideales morales, pues ya hemos visto que unos chocan con otros. Y por eso Vaz Ferreira imagina un "Cristo Obscuro", Cristo por lo que habría de padecer y obscuro por lo ignorado que habría de ser para la historia. Veamos: el maestro nos pone el ejemplo de un hombre que fuese tan caritativo como los santos, tan patriota como los héroes. En resumen: que tuviera todos los sentimientos en su máximo histórico y también los sentimientos no históricos, como ser: los de familia, de amistad. En este caso, un hombre así no pasaría a la historia, más sería un Cristo. ¿La razón? Pues que a la historia no va lo conflictual. Pero que la humanidad, sin embargo, recibirá el calor de esos "Cristos Oscuros"...

¿Vaz Ferreira es uno de ellos?

La hija me escribe con gran conocimiento del sentido de la vida del padre:

Ofrenda

(Envío de *J. Fabio Garnier*. Heredia, Costa Rica)

No te daré joyas, ni riquezas,
ni juguetes para tus manos, para tu espíritu,
para tu corazón...
No te daré, Amada mía, ningún objeto
de esos que hacen brillar, en sus manos despreciables,
los parásitos, los inútiles, los impuros...
Soy un trabajador, no tengo derecho en este mundo
sino a los bienes que me han concedido mis fatigas, mis esfuerzos.
No tengo más que lo que yo mismo he creado,
lo que es mi obra, lo que he pedido a la tierra.
No puedo darte sino este cuerpo sin belleza,
este corazón salvaje, estas pobres manos rudas
que sufrirán por ti hasta el fin de la vida,
que por ti lucharán, que de las cosas tomarán
para ti un poco de alegría, un poco de luz...
Aquí tienes: mi campo y mi casa, mi hoz y mi arado,
aquí están: mis bueyes, mi trabajo, el pan mío amargo,
aquí tienes: mi duro lecho, mis rudos amores.
¿Quiéres compartirlos conmigo, oh dulce Amada mía?

FRANCIS ANDRÉ

Poeta campesino belga, autor de *Los poemas campesinos*.

"La lista completa de sus obras las hallará usted al final del "Fermentario" que le envío, así como algunos otros datos que le aconsejo que extraiga del prólogo."

"Y, esto se lo agrego yo, vida muy buena. No bondad que espera sino de la que sale al encuentro. Y, no crea que es por orgullo, pero puede exaltar usted con firmeza la austeridad y la cristalinidad de la vida de mi padre, aunque ¡cómo me gustaría poder hacerlo yo! Del pensador, del filósofo, de Carlos Vaz Ferreira, personas de la capacidad de usted y de otros escritores pueden hacerlo con conocimiento y profundidad. Pero del hombre, para eso habría que haber vivido mucho tiempo al lado suyo en la vida de todos los días. Le aseguro que mi mejor sueño sería sentirme capaz algún día de escribir un libro sobre mi padre; algún día cercano en que no se halla cumplido aún la formalidad habitual que se suele requerir para comenzar a escribir las biografías..."

"Me da tristeza que tanto heroísmo de mi padre permanezca ignorado para siempre. Me sucede algo así como cuando pienso en esas inefables sonrisas perdidas de niños que sonríen... y no hay nadie al lado de sus cunas para recibirlas". "Cuando lea el **Fermentario** le recomiendo la última conferencia. En esos hombres ignorados por la historia he hallado a mi padre. El título de mi libro sería: "Un Cristo Obscuro".

"El árbol de la sabiduría no es el árbol de la vida!" Este desgarrador grito de Manfredo es mentira en este maravilloso injerto. Mi padre ha vivido intensa y fecundamente su vida; con la raíz bien plenamente en la tierra y sus ramas esparcidas en sabiduría. Su vida privada, tan límpida como la pública".

Ahora bien, es bueno que nosotros también hablemos. Y cuando digo "nosotros", me refiero al público lector, porque a pesar de lo que asegura Matildita Vaz Ferreira, el maestro uruguayo es más conocido y más querido de lo que ella sospecha. Y ella misma debe—ya que es talentosa y comprensiva—ayudarnos para que Vaz Ferreira ocupe el lugar que le corresponde, esto es, representante visible de la inteligencia americana ante la inteligencia europea. Queremos, pues, que sea nuestro embajador: que abandone el "escondite" en que vive y nadie mejor para tirarle hacia afuera que su hija.

Tampoco ignorábamos los quilates morales de Vaz Ferreira. Sabíamos, en efecto, que no tuvo más mujer que aquella extraordinaria maestra que se llamó Elvira Raimondi. Y que fué uno de los ocho hijos educados en la rectitud y el sacrificios constante, desde los 18 años en que quedó con la responsabilidad de su madre y de sus hermanos, sin recursos y perdiendo la salud y las posibilidades de educación, pero sin claudicar...

En fin, mucho sabemos de Vaz Ferreira y quien no lo sepa, lo verá entre líneas en algunas de sus obras, particularmente este **Fermentario** y aquel "Moral Para Intelectuales".

¿Qué más quieren saber los lectores? Que el maestro nació el 15 de octubre de 1872, hijo de un comerciante portugués con una cultura muy interesante de autodidacta en Historia, Ciencias Económicas y Literatura, y de Belém Ribeiro, uruguaya, pero de familia también portuguesa. Parientes ¿acaso ignoráis para qué yo tengo que recordar a María Eugenia, la poetisa? Abogado de profesión. Qué más, qué más? Nada más, excepto esto: me agarro de esta coyuntura para proponer a la intelectualidad y centros universitarios de México, Lima y San José de Costa Rica, para que lo inviten a repetir las conferencias de **suma actualidad** que acaba de brindar en la Universidad de Buenos Aires, pero que a su paso por los países del recorrido, haga generosamente lo propio. Si esto fuese posible, también él saldría ganando, pues sabría qué es él: orgullo de la familia...

ARTURO MEJÍA NIETO

La amenaza de la Internacional Negra

(*Envío del autor*. Incahuasi, Andes peruanos, abril de 1939)

Los recientes descubrimientos documentales de un plan Nazi de conquista de la Patagonia argentina y de la zona sur chilena son un nuevo anuncio del cercano peligro de una penetración disolvente germano-italo-nipona en Indoamérica. Peligro subestimado por casi todos los gobernantes reaccionarios de nuestras divididas repúblicas que no han querido ver en la invasión italo-alemán de España, un acto más de lo que en Asia está ocurriendo con China, de lo que en Africa aconteció con Etiopía y de lo que, en un año, hemos visto suceder en Europa con Austria, con Checoeslovaia, y con Albania.

Confían muchos en Indoamérica en la tutela salvadora de los Estados Unidos. Pero no hacen nada conducente a asegurarse de que esa tutela sea efectiva y constante y no resulte a su vez tan peligrosa como la amenaza de la Internacional Negra. Creen algunos que Mr. Roosevelt y su política han de ser eternos y que debemos entregarnos a la pasividad sumisa de esperar que nos defiendan. De ahí que no se den hasta ahora pasos seguros hacia el único medio eficaz y perdurable de garantizar nuestra soberanía: **La Unión de los Pueblos de Indoamérica.**

Este postulado aprista que hace diez años pareció remoto y romántico, cobra hoy una vigencia palpitante y—si pensamos seriamente—premiosa e inaplazable.

El corolario de la lucha contra el Imperialismo—cualquiera que él fuera, porque todos nos amenazan,—es la Unión de los Pueblos Indoamericanos. Y consecuencia de esa unión, ha de ser, en forma sistemática e integral y no fragmentaria y esporádica, la Nacionalización de nuestras fuentes de riqueza, tercer postulado aprista.

Para que el imperialismo norteamericano nos dé una prenda de su buena vecindad,—como ya lo he demostrado en un artículo anterior y reciente,—es necesario que el Canal de Panamá hoy, y más tarde el de Nicaragua, se Internacionalicen o Inter-americanicen. Y este es el cuarte lema del Aprismo.

Pues lo que más interesa ahora a nuestro destino continental es tener muy en cuenta que nos amenazan peligros similares a los que tuvimos que afrontar cuando fue necesario defender nuestra emancipación de España y Portugal. Entonces, hay que recordarlo, sólo el esfuerzo conjunto de todos los pueblos indoamericanos sin distinción de fronteras, pudo lograr la victoria.

¿Vamos a aguardar que uno o más de nuestros países sean efectivamente invadidos por los conquistadores de la Internacional Negra para comprender la necesidad de unirnos? ¿O vamos a confiar en que la política del Buen Vecino no tenga variaciones y que los Estados Unidos nos protegerán siempre, porque deben hacerlo, sin exigir ningún pago por tan costosa vigilancia? La situación de nuestros pueblos se plantea bastante clara para quien quiera verla:

Es evidente que Alemania, Italia y el Japón planean la conquista de una parte o de toda Indoamérica. Es evidente también que este peligro es considerado muy seriamente en los Estados Unidos donde se preparan para defenderse—especialmente por la zona de Panamá—defendiéndonos.

Pero, de nuestra parte, esta situación de protegidos y defendidos por un poder que también implica riesgo para nosotros, impone un enjuiciamiento más detenido. Somos la zona más rica y más débil y más extensa de este Hemisferio americano. Y para nosotros ha de ser **siempre** amenaza el protector fuerte por más que nos liguen a él vecindad, simpatía, agradecimientos y deudas.

Además, fragmentados en veinte "republiquetas" como Sarmiento las llamara, con sendas fronteras, banderas y recelosas vanidades, somos una presa ya partida en bocados para quien quiera conquistarnos; y una carga muy poco provechosa para quien quiera defendernos. Indoamérica unida, cohesionada, vigorosa, sería un buen aliado para los Estados Unidos del Norte en caso de una agresión europea y un buen contrapeso para una antiperialista convivencia equilibrada aquí en nuestro Hemisferio. Pero tal como nos hallamos hoy, el peligro deviene mayor. Porque sean de izquierda o de derecha, los gobiernos indoamericanos continúan aislados y despreocupados del resto del Continente. México revolucionario, Chile democrático o Colombia liberal no parecen menos orgullosos de su arrogante aislamiento que los diecesiete estados restantes. La diplomacia interindoamericana es más fría e incomprensiva que la yanqui que, al menos, se ocupa de vigilar sus negocios. Y hasta ahora, casi sin excepciones, todos los diplomáticos de nuestros países ante los hermanos de Indoamérica nada hacen por un ideal de unión. Su acción es tan formulista, tan innocua y tan de "crónica social" como la de cualquier embajador europeo acreditado en nuestras capitales. Creen estos diplomáticos—casi todos improvisados y de autoridad y solvencia meramente ocasional y suntuaria,—que imitando la rígida actitud de sus colegas

europeos dan muestras de discreción y de talento. Ignoran que la diplomacia así, sólo sobrevive aparentemente en Indoamérica. En Europa o en Asia, la nueva técnica diplomática es más acuciosa y eficiente, más dinámica y constructiva. ¡Y pensar que aquí de pueblo a pueblo indoamericano habría tánto por hacer para un diplomático diligente, cuando menos dar a conocer en forma metodizada y provechosa al propio país que representa...!

Pero la misión, no corresponde ya a los diplomáticos, que seguirán en su lujosa inutilidad por mucho tiempo, elegantemente despreocupados de los grandes destinos de una nación continental que ven con ojos descastados de turistas rentados. La misión corresponde a los pueblos. Y de ellos a sus trabajadores intelectuales, a sus juventudes, a sus trabajadores manuales. A nuestros gobernantes de 50 o 60 años—aunque se llamen revolucionarios, liberales, etc.—no les vamos a hacer sentir el amor de América. Ellos, pertenecen a la generación o a la sub-generación de los traidores del pensamiento de Bolívar. Ellos, han comerciado toda su vida y han conseguido todos sus éxitos baratos de política oportunista explotando el "patriotismo" y traficando con un nacionalismo pomposo y altanero. No hay uno solo de los políticos de esa generación—que, por lo tornadiza y versátil podríamos llamar camaleónica,—capaz de sentir el amor de su Indoamérica como lo sintieron los grandes próceres de la Libertad o como hemos aprendido a sentirlo quienes comprendemos que no hay efectivo patriotismo sin un hondo indoamericanismo. Si son conservadores, porque son xenófobos. Si son liberal-democráticos porque son miopes o porque son mediocres y cobardes para las grandes iniciativas. Y si son revolucionarios porque lo son de calco europeo, porque ignoran la estructura social y económica de nuestros pueblos y porque creen porfiadamente en el aislamiento de los problemas políticos de cada país.

A nosotros los apristas se nos ha llamado y se nos ha perseguido y se nos ha asesinado por "internacionalistas". Nuestro internacionalismo—bien se sabe,—no es ni el de la Internacional Roja ni el de la Internacional Negra europeas, porque somos anti-comunistas y antifascistas; puesto que somos antimperialistas. Pero se nos ha declarado "internacionales" porque el Aprismo ha sido el primer y único Partido Político en Indoamérica que ha enarbolado el ideal bolivariano de la unidad del Continente como meta ideal. Y por ser bolivarianos—y nada más que por eso—hemos perdido dos veces el poder por fraude electoral y anulación de elecciones, seis mil de los nuestros han ido al patíbulo, más de quince mil han pasado por prisiones y hace ocho años que vivimos bajo un terror inaudito.

DICTADURA
¿INRI?
BARBARIE
CONQUISTA
MISERIA

La cruz-monstruo

Tenemos pues razón cuando decimos que el Aprismo es **el primer partido verdaderamente revolucionario de Indoamérica,** porque es el primero que ha sacudido el raccionarismo xenófobo y chauvinista de todos los partidos que—llamándose de izquierda o de derecha, liberales, radicales, democráticos, socialistas etc.,—**jamás** tuvieron el valor y la visión de reivindicar lo que en el pensamiento revolucionario de los forjadores de nuestras repúblicas fué idea integrante de las de Libertad y Democracia: **La Unión Indoamericana.**

Hoy, ante los acontecimientos que aceleradamente se suceden en el mundo, nuestros pueblos tienen que comprender que la concepción uninista bolivariana es la única garantía, para Indoamérica, de su independencia y de su soberanía. Por eso recobra con tanta fuerza su prestigio de profecía el pensamiento del gran Libertador. Y por eso el programa máximo del Aprismo asume ya su total contenido de concepción superadora de los ideales esenciales de la Independencia.

Por eso también, al Aprismo y a su programa de unión continental, no pueden comprenderlo los políticos que envejecieron obedeciendo a lo que los pontífices europeos—de izquierda y de derecha—les ordenaban imitar. Son los pueblos, son las juventudes, son los nuevos hijos de Indoamérica que "no se avergüenzan de llamarse Indoamericanos", los que realizarán la obra liberatriz. A pesar de los chauvinismos reaccionarios y aislantes de la Argentina o de México, de Chile o Colombia, del Brasil o

de las pequeñas repúblicas centroamericanas, los acontecimientos históricos que hoy se precipitan, empujarán a sus pueblos a acabar con los falsos profetas de la patriotería de remedo. ¡El peligro junta, y los pueblos de Indoamérica están hoy en peligro!

Pensemos seriamente en las consecuencias que para el plan conquistador de la Internacional Negra tiene del triunfo de los generales mercenarios en España. España, desgarrada y arruinada no ha de tener fuerzas, claro está, para cumplir el programa de su Falange de los **Jons** que anuncia la "reconstrucción del Imperio español en América". Pero España conquistada por Italia y Alemania sólo va a servir de vehículo y trampolín para el salto de sus nuevos amos sobre nuestros pueblos. Ya sabemos que el Fascismo sabe penetrar de muchas maneras y que, como doctrina racista que es, se vale de los vínculos étnicos y idiomáticos para tener puntos de apoyo en los países que pretende conquistar. Aquí en nuestros pueblos hay muchos devotos del "hispanismo" y muchos que hablan de "la madre Patria" que ahora, como la llamó Mitre, es más que madre, "madrastra". Y ya ha aparecido por no se qué país diminuto del Continente un escritor, secretario de no sé qué tirano, que clama por la resurrección de Felipe II. Al Perú han llegado agentes de Franco, auspiciados oficialmente, que en medio del gran júbilo de grupos hispanizantes aristócratas han dicho claramente que debemos volver al coloniaje español. Casi todos los "grandes diarios" indoamericanos son portavoces de la España Fascista. La infiltración de los nuevos conquistadores del Eje Negro se realiza en nuestra propia lengua, con muchos intelectuales de mentalidad colonial como agentes de propaganda, y en nombre del "hispanoamericanismo".

Sin renegar de la cultura, y, antes bien, afirmándola, opongamos al "hispanoamericanismo" colonialista y facistizante, nuestro nuevo "indoamericanismo", unionista y libertador. Hagamos obra de apostolado en la conciencia de nuestros pueblos para que sientan y comprendan a la Nueva Indoamérica. Formemos en cada país, en cada ciudad, en cada aldea, grupos de hombres emancipados que eleven en la opinión de las masas el ideal bolivariano de la unión continental. Enseñemos a nuestros pueblos que los patrioteros y chauvinistas,—que quieren aislar, uno de otro a los veinte estados Indoamericanos,—son traidores de sus propias patrias y agentes directos o indirectos del nuevo conquistador. Y procuremos que en cada partido, en cada movimiento social o cultural, se acabe para siempre con los rezagos de reacción colonialista y se reconozca que sin el ideal máximo de la Unión indoamericana, no se hará nada efectivo y perdurable al servicio de nuestros pueblos.

HAYA DE LA TORRE

Cabos sueltos

La Asociación de Artistas y Escritores de Costa Rica

San José, 24 de julio de 1939.

Señor Prof.

don Joaquín García Monge.

Pte.

Distinguido Colega:

Se ha recibido con simpatía la idea de la Asociación de Escritores y Artistas de Costa Rica, a cuya fundación nos es muy grato invitar a usted. La obra realizada por usted justifica esta invitación, y espero, naturalmente, su asistencia.

Estoy seguro de que a usted no se le esconden los beneficios de todo orden que de tal Asociación se derivarán, no sólo para los asociados, individualmente, sino para la Comunidad nacional, pues que será el principio de una civilizadora organización de esa misma Comunidad, que necesita de voces de conjunto para constituir una opinión pública auxiliadora del desenvolvimiento del Estado. A causa de nuestro individualismo separatista sólo hemos alcanzado a ser amorfa multitud de individuos, sin orientación y sin voz. Esta Asociación dará comienzo a la obra de vertebrar la Comunida Nacional.

En espera de su grata presencia en esta casa de usted, número 1111, Avenida Segunda, entre calles 11 y 13, 125 varas al Este de la Inspección de Hacienda, a las cuatro y media del día sábado 29 de los corrientes de julio de 1939, soy de usted amigo y devoto servidor,

R. BRENES MESÉN.

Para otros informes, Marco A. Zumbado R.

•

Han circulado las invitaciones para la reunión de escritores y artistas de Costa Rica con el propósito de fundar en esa oportunidad la Asociación. Temeroso quien suscribe la convocatoria de no haber incluido todos los nombres de tales escritores y artistas, ruega calurosamente a quienes no hubieren recibido la invitación, se sirvan concurrir a la asamblea, con la seguridad de que serán igualmente bien recibidos. Esta Asociación no puede ni debe ser exclusiva.

La junta tendrá lugar en la casa de habitación de don Roberto Brenes Mesén, número 1111 en la Avenida Segunda, entre calles 11 y 13, 125 varas al Este de la Inspección de Hacienda, a las cuatro y media del día sábado 29 de los corrientes de julio de 1939.

ROBERTO BRENES MESÉN.

(*La Tribuna*, 29 de julio de 1939).

La visita de Marte

Marte se acerca a la tierra. Esta proximidad del planeta que, según se dice, comparte con la tierra el dudoso honor de poseer seres vivientes, va a traernos terremotos y disturbios, según lo anuncian los entendidos.

Marte ha estado de moda en los últimos tiempos. Los famosos canales, base principal de la teoría de la habitabilidad del planeta, no existen, según lo afirman los astrónomos. Los canales no fueron sino ilusión óptica de Lowell. Telescopios de mayor potencia que los entonces usados, han demostrado la inexistencia de los canales. Según todo parece indicarlo, en el sistema solar sólo la tierra lleva por los espacios siderales una carga de hombres y homúnculos.

El último número de "Le Mois" trae un resumen de la complicada discusión que este problema de la habitabilidad de Marte ha planteado acerca del origen de la vida. ¿De dónde venimos? Las religiones habían encontrado una solución sencilla, fácil, agradable y completa: la Divinidad. Dios, infinitamente sabio, creó cuanto existe, y sus leyes admirables rigen el universo; pero vinieron los sabios, los investigadores y se declararon insatisfechos con esta solución. Y así como el cristianismo dió muerte a Pan, hace dos mil años, la ciencia pretendió matar a Dios. ¿Cuál es, entonces, el origen de la vida? Según unos, los microorganismos nos vinieron de otros planetas, al través de centenas de miles de millones de leguas y cayeron en el fecundo suelo terrestre, donde la evolución convirtió las amebas en hombres. Según otros, es absolutamente imposible que la materia viva pudiera viajar a velocidades que convierten en gas la materia sólida al través del espacio. Estos optan por la generación espontánea, que la razón humana se niega a admitir, porque de la nada no puede salir nada. En la primera solución, si la vida nos vino de otros planetas, ¿de dónde les llegó a aquéllos? La divinidad resulta mucho menos milagrosa, mucho menos absurda que la teoría de la importación de materia viva o la generación espontánea. Sin embargo, los sabios andan empeñados, según **Le Mois**, en defender las dos teorías. Pero desde los tiempos de Aristóteles no se ha adelantado un paso en esta vana empresa. No sabemos ni de dónde venimos ni para dónde vamos, ni si la vida tiene algún sentido o es el capricho de un demiurgo jovial, como lo insinuaba **Renán**. Sólo las religiones no han modificado las concepciones y siguen colocando a Dios a la cabeza de nuestros destinos y brindándonos el cielo y una eternidad de placeres o de penas, como resultado de nuestro paso efímero por la tierra. Sobre estas cuestiones ha escrito Maeterlinck media docena de libros, que no nos deja más satisfacción que la de una resignada filosofía. Ni Dios, ni mucho menos las soluciones científicas. La oscuridad completa. Naturalmente los hombres, que suelen ser animales lógicos, prefieren a Dios, que es más fácil de entender, y se dejan de teorías tan abstrusas como las de Einstein, que sostiene que el espacio no es infinito, desde que es curvo. O que el tiempo es una cuarta dimensión.

Y excúseme el lector esta digresión, provocada por la visita de Marte. No todo ha de ser política.

(De Calibán. *El Tiempo*. Bogotá).

Yolanda Oreamuno (1938)



La vuelta a los lugares comunes

(Envío de la autora. S. J. de Costa Rica, setiembre, 1939)

Observando con sentido crítico los desafueros habituales a casi todas las manifestaciones artísticas, se llega a la conclusión de que todo impulso, todo dar o proyectarse sobre el exterior (que no otra es la correcta interpretación del arte) sigue la siguiente trayectoria. El impulso parte de un eje único y personalísimo hacia el objeto de estudio ejecutando a su alrededor una ruta circular y, en la mayor o menor longitud del diámetro hipotético entre el punto origen de la acción y la circunferencia que señala su alcance, está la magnitud de la obra realizada.

Hay un límite preciso, preciso en relación a la personalidad del individuo actuante, rebasado el cual, todo movimiento más es desbarre o desequilibrio mental. En el tipo mediocre toda acción, para que no sea locura, ha de estar estrechamente ceñida a su eje, lo más ceñida posible, tánto, que el actuar se convierte para éste, en estar dando vueltas sobre su propio eje. Los convencionalismos, las costumbres, los conceptos establecidos y manoseados hasta el extremo de que su uso llega a ser tan familiar como el acto de andar o de tenderse, constituyen para el hombre corriente el máximo de su diámetro de acción. Cuando por circunstancias especiales los hechos de ese individuo abarcan un espacio mayor, su movimiento es calificado automáticamente de pasión, locura, aberración; es decir, no fué intrínsecamente él quien procedió en tal o cual forma, sino otros factores los que actuaron en su lugar. O lo qũe es lo mismo, su propia responsabilidad moral o mental, no alcanzó a cubrir el diámetro de su acción. Así, en proporción directa al genio de la persona, crece la dimensión de su perímetro expresivo, hasta el infinito.

En el caso del hombre de talento o de genio, aumenta considerablemente para éstos el espacio entre la circunferencia de sus posibilidades y su eje vital, o se prolonga la línea que pueden cubrir con su responsabilidad. Entre más grande es el individuo, tanto más alejada está su obra del centro vital común a todas las personas, del cual ha salido proyectándose hacia afuera. Ese límite de alcance, como dijeramos, la longitud de esa parábola, la señala la inmensidad de las capacidades habidas en el hombre potente, y el simple sentido común en el hombre normal.

Dentro de esa parábola, se encuentran los puntos conocidos, los lugares comunes, rebasados los cuáles, todo movimiento es creación propia. Cuando un ser humano supera hasta el máximo los puntos de referencia, los dichos lugares comunes, ya sea en uno o en otro sentido ,ha descrito una parábola mayor de la conocida, ha superado su época. Ahora bien, el forzar la marcha de las propias capacidades, saliéndose del marco del auto-dominio, y con ello del margen de lo que se puede íntegramente conocer, equivale a desbarrar, y el movimiento cae entonces en la decadencia, en la venalidad.

La manifestación artística es siempre, un movimiento tendiente a superar esos lugares comunes conocidos, yendo más allá de ellos y aumentándolos al propio tiempo, hasta que un nuevo movimiento más amplio, lo convierta a su vez en lugar común, sobrepasándolo.

Sin embargo, en el campo artístico como en un sentido general, hay un límite vago pero innegable al cual se ajustan, por épocas, las manifestaciones habidas, señalando ciclos definidos en la historia. Cuando ese espacio está dominado, cuando la producción ha marcado una brusca salida del ciclo anterior saturándolo de realizaciones artísticas, viene el movimiento decadente, que no comprendiendo la necesidad de ese balance, continúa saliéndose de la línea de sus propias posibilidades y entrando en el terreno de la vacuidad.

Parece ser que en estos momentos, habiendo llegado para nuestra época una etapa de impregnación, y presentándose tan frecuentemente el fenómeno anotado de la banalidad artística, se impone un reajuste, **una vuelta a los lugares comunes.** Es éste un proceso que, por lo general, se produce automáticamente en dichos campos en una forma periódicamente sabia. Veamos cómo.

Las artes practicistas como la arquitectura y la decoración, dando sólo dos ejemplos, son las que más rápidamente sufren el inventario de valores y en las que éste se verifica con más realismo y exactitud. Asimismo, las que más tarde han dado el paso adelante de superar los lugares comunes. En la arquitectura y la decoración, el retorno se señala por una asimilación rápida y consciente de lo que el nuevo movimiento tiene de bello y de útil, y por el reaprovechamiento de enseñanzas anteriores. Tan flexibles son para volver sobre los pasos, como asequibles en un principio a todas las tendencias, sean éstas buenas o malas, sin realizar, sino más tarde, la debida selección.

Aprendió el constructor moderno de la pintura y la escultura que las líneas exhuberantes de las épocas romántica y churrigueresca estaban sobrepasadas, y absorbiendo la enseñanza llenó las ciudades de edificios simétricos, sobrios, contundentes. Eliminó los zaguanes largos y retorcidos, y la abundancia de rincones antihigiénicos que caracterizaban las antiguas construcciones, aprendió de los impresionistas y coloristas la necesidad del sol y de la luz, y nos dió ventanas cómodas y grandes. La decoración, evitando toda línea excesiva, hizo muebles hondos, confortables, comprendió la urgencia de movimiento constante en la vida moderna y terminó con el recargamiento de sillas, mesas, "confidentes", y demás artefactos con que había obstruído la vida diaria el pensamiento romántico, y, por último, asignando a cada color su verdadero valor óptico trajo las paredes lisas, los tonos claros, refrescantes y casi marítimos que caracterizan la decoración moderna.

Este es el resultado, pero para llegar aquí, cayeron ambas—la arquitectura y la decoración—en el rebuscamiento, en el snobismo de las cosas incomprensibles, construyendo casas para entender las cuales habíase de tener una mente especialmente entrenada. Abusaron de la aerodinámica, del colorismo y del cubismo llenándonos de objetos obtusos: exigieron esfuerzos supremos de imaginación para descubrir por qué lado se entraba a una casa, dando también varias vueltas antes de encontrarle un lugar lógico al garage, a la perrera y a la oficina. Tuvimos mucho tiempo los salones vacíos en el afán de espacio y luz, y fue-

(Sigue en la página 12)

Poesías

(Envío de la autora. Evanston, Ill., U. S. A., marzo de 1939)

SOLEIDA

Talle de Lirio en Flor, Soleida!
Delicada ninfa,
sabia dulcísima Soleida.
Ojos negros, profundos, bellos,
cuya dulce mirada de niña encantada,
un mundo de paz enseñaba!
Nunca he visto cabellos
hilados de madejas de negrura,
sólo los tuyos, amada Soleida.
Recuerdas cuando yo les veía
ondular al viento, con candor, te decía:
Soleida, son hechos de poesía.
Vives! Vives! Vives Soleida!
Del recuerdo la divina brisa,
constante aletea a mi lado.
Ah! No me es dado,
frágil, delicada hermana mía,
cantar lo que para mí es tu vida.
Tu cuerpo un algo mostraba
la belleza de tu pura alma.
Dedos largos y finos de hada,
tenían el encanto de una profunda calma!
Piel sedosa, de pétalos de rosa.
Tu sonrisa siempre prendida
tan cerca de tu boca!
Voz con matiz de cristal,
eco de sereno manantial.
Ojos negros, profundos, bellos!
Sabia encantadora hermana mía,
nunca tendré tu sabiduría;
eres hecha de paz y sonrisa!
Dulce Soleida, buena hermana mía!

MUERTE! BELLA!

Muerte, Madre de compasión,
Seno de toda comprensión.
Señora Silenciosa, dulce ráfaga
que dirige el alma náufraga.
Muerte bella, tus manos piadosas
abren la puerta, levantan las losas,
con amor de consuelo
señalan el camino nuevo.

Muerte, te han visto con espanto,
con gritos y con llanto!
egoísmo oscuro, de tinieblas, ciego!
Sólo piensa en sí, olvida el encanto
de nacimiento en otro campo!
Es fácil el llorar con simpatía interna,
difícil, solamente pensar,
en la gloria del Amado
que da un paso a su Condado.
Muerte! Ha llegado tu hora,
En este instante. Ahora!
Para pintar tu cara lozana,
bondadosa de cariñosa hermana.
De ver tus ojos, no ahuecados
sino divinamente hermosos.
Con hermosura de compasión.
De infinita comprensión.
Dos veces te he visto con temor
y desaliento,
dos veces con encanto,
tan ligeramente vinieron tus pasos
tan dulces fueron tus manos!

Una vez en tus brazos
vi los tenues, diáfanos velos,
tejidos de nubes y de cielos,
que fuesen vestiduras de Amante,
para el alma transeunte,
de nuestra celeste Soleida.



Fresia Brenes Hilarova
(1936)

Uno de esos velos
rozó mis ojos
y desde ese divino instante
conozco tu eterna dulzura.
Muerte! Bella! Toda ternura!

ANA MARIA

Chicuela morena, latina.
Piesecitos ligeros de bailarina.
Ojos picantes, hechiceros.
Largos, luengos rizos negros,
presurosos siempre corrían
a tu espalda, riendo de alegría.
Chicuela de timbres de cascabel,
muñeca mía, perfume de clavel,
caricia silvestre, botoncito,
capullo, feliz pajarito.
Risas y juguetes y carreras,
ocho años de vida en cadenas!
Boca generosa de Primavera risa,
fué tu vida breve como su brisa.
Chicuela querida, mi Ana María,
Viviente Ser de Inmortal Alegría.

TRISTE EN NOCHE DE LLUVIA

Noche desconocida,
¿por qué lloras escondida,
en la negrura de tus cabellos?
Mira que ennegras los cielos!
No sabes llorar, tus lágrimas
son dulces, sin amarguras.
Venía con ansia de reposar mi alma
en amiga que escucha y calla;
mi angustia en ti no encuentra calma,
se ahueca al verte mi pesar.

En la negrura de mis cabellos
yo ahogaré también mi llorar,
solamente que mis lágrimas
son terriblemente amargas.

L'APRES MIDI D'UN FAUN

(Debussy)

El dorado sol se inclina
sobre el arco de la tarde.
Mudo el bosque contempla su belleza.
Duermen los musgos y las flores.
Sobre una roca el fauno
pensativo sueña.
Deshoja su alma con su pensar
y sueña lleno de pesar!
Habla el bosque y le consuela.
Siete ninfas quedas
emergen de las sombras.
Las voces de los musgos y las flores
cantan con delicia sus amores.
Bailan las ninfas los sueños
de todas las cosas!
Bailan, bailan, y el deseo
de hombre se despierta, ciego
en corazón del fauno,
pobre fauno encadenado, piensa!
Persigue el fauno a las ninfas
que ligeras como el viento escapan
y luego, una a una se alejan.
Sobre las cabecitas dobladas
del césped suavemente reposa
un velo por una ninfa olvidado.
El fauno le recoge entre sus manos.
Es mujer la que sus brazos llevan!
Pobre fauno, fauno que piensa...
es mujer la que besa
no rebozo de seda!
Es mujer la que acaricia.
Se engaña, se enloquece
y vierte todo su deseo
sobre la seda fría!
Se enciende él con su fuego
caé, pobre fauno, inerte de deseo.
Fauno que sueña y piensa!
Mueren apagadas las notas
de la sinfonía,
y soy yo,
fauno.

CAMINANDO SOLA

Noche vestida de luna y nieve,
noche afelpada y misteriosa,
fresco aliento me viene
de tu boca de diosa.
Camino sobre polvo de estrellas.
Aligero el paso, las sombras
de mis deseos, bellas,
me hablan con dulce acento.
Tanta belleza soñada e ida...
Qué plañidero es tu canto!
Calla! Para mí todo es fruta prohibida.
Noche de nieve, de plateada luna
dí a mis sombras que huyan!
me molestan, me importunan.
Diles, diles que huyan!
He bebido toda tu belleza
Noche! Y me siento loca.
Sueño que mi amante me besa,
tibio, blando calor en mi boca.
Sueño no más, tu culpa, Noche hechizante!
Duerme él tranquilo en su cama...
y yo sola camino sobre campo de diamante!
El frío de la nieve no apaga mi llama.

LAMENTO!

Con angustia a veces siento
que he esparcido mi vida al viento.

Veo mudos mis labios;
soy apagado perfume de nardos.

Tengo muy frías mis manos.
Sola, mi alma llora desnuda.

Yo soy el Ser de la Nada!
Mi pensar, mi sufrir, no florece.

Dicen que de la Nada surgió el Universo.
De la Nada surgirá mi lamento en verso.

AVE NOCTURNA

He dado las horas de mis días.
Cálla rebeldía, matas mi alegría.

Luz tranquila, luz del día,
no puedo hacerte mía!

Al morir el sol me dicen los celajes,
son tuyas las sombras de la noche.
Horas de silencio, de recuerdo, de melancolía.
¿Será mi canto salpicado de estrellas?
¿Hilado de luna? ¿O aterciopelado en tinieblas?

Son las horas de la Noche,
diamantinas joyas mías.

Duerme mi compañero, y duermen mis hijos.
Callados mis pies se deslizan
sobre alfombras frías,
para huirme con las horas mías.

Benditas las horas de la Noche,
diamantinas joyas mías!

FRESIA BRENES HILAROVA

Filosofía y Letras

El sentido religioso de los católicos españoles... y de todos los católicos.

(*Envío del autor.* Ipís. Costa Rica. Novbre. de 1939)

I

Radiaba la otra noche una estación de Madrid el hallazgo de una corona de Virgen dentro de una caja de caudales, en la que fué casa de don Juan Negrín. Y sin pudor alguno, anunciaba a todos los vientos del mundo el júbilo que el "fausto suceso" había producido en España. Claro que, en la España franquista. En el imperio sacro, magro y negro de los falangistas, de los requetés y de los frailes. Justamente: de los traidores y de los asesinos. Porque, en la otra España, en la de los españoles de conciencia liberada y patriotismo limpio, produciría una inmensa vergüenza. No por el hecho banal del hallazgo, sino por la mascarada político clerical a que dió lugar. También a mí se me cayó la cara de vergüenza al coger la noticia al vuelo. Y digo al vuelo, porque deliberadamente no quiero oír la voz de España. Me duele oír la voz encadenada de mi pobre patria, aniquilada por la casta militar, la casta sacerdotal y la casta capitalista. Decía pues, esa voz de Madrid, que se había organizado una gran procesión para devolver la corona a su propietaria, que reside, al parecer, en el cielo y en Toledo. Y que había habido una gran comunión de desagravio, en la que, diez mil españoles comiendo mil hostias, hostia por barba, testimoniaban a la Virgen su dolor por la profanación de la santa alhaja en la casa del herejote Juan Negrín. En la hambrienta España de hoy se come mucha hostia en vez de pan. Y la imitación de la química alemana, sólo ha podido encontrar en laboratorios del cielo el **ersatz** del puchero castizo. Los que oíamos tamañas aberraciones del sentido religioso en España, nos llenábamos de sonrojo. Esos españolas católicos (nos decíamos) siempre los mismos. Ninguno de ellos es capaz de suicidarse de dolor por haber destruído a su patria; pero todos son capaces de empezar a asesinar a otros dos millones de españoles, con tal de que, a un santo de palo no le falte una hilacha en la cabeza. Parecen moros. Así como las tribus de Marruecos sólo han tomado de la civilización su pintura externa, pero no el elemento interno que les remueva el sedimento salvaje, así los españoles sólo han tomado de la religión las apariencias. Han tomado por religión las mojigangas, la música, las luces, los ritos. Pero, nada han asimilado de aquello que transformando el espíritu y elevándolo, constituye la verdadera esencia religiosa. Para que la religión signifique algo y merezca nuestro respeto, es menester que nos haga mejores. Mejores hombres humanos, sin pizca de absurdos hombres divinos. Y esto lo digo, no porque crea que la religión tiene nada que ver con la moral, sino por sacar las consecuencias de los que eso creen. Sería más lógico y más honesto proclamarse ateo. Yo no he conocido a ningún ateo que sea hombre malo. Y a pesar de lo que grite el papa contra el ateísmo, éste no ha traído ninguna desgracia sobre el mundo. Hay naciones históricamente ateas: China y Japón. Y ni en grandes virtudes privadas y públicas, ni en espíritu de sacrificio ni en altos ejemplos de grandeza moral, ambas naciones (que no están redimidas) tienen que envidiar a las europeas, cristianas y redimidas. Y apurando un poco, las superan, sobre todo la China. Se engaña el Infalible cuando afirma que el ateísmo es el destructor del mundo. Tengo derecho a pedir que se me diga cuál nación ha sido destruída por el ateísmo. El ateísmo es una posición intelectual. El mundo ha sido arrasado por los hombres de acción. Jamás por los intelectuales que son la aristocracia del mundo y lo más contrario de los hombres de acción. Desde que el cristianismo existe, todas las naciones cristianas han sido devastadas en nombre de algún dios. Jamás sucedió esto antes del cristianismo. Ni la China, ni la India, ni Grecia, ni Roma, ni ninguna nación pagana presenciaron jamás un espectáculo semejante. Y el que diga lo contrario, no ha saludado la historia. Ninguna época ha sido tan creyente como la Edad Media, y ninguna ha visto tan tremendas floraciones de crímenes, si se exceptúa la nuestra. No hay criminal que no trate de sacudirse un crimen, invocando a dios. Un mundo de puros ateos no sería jamás tan malvado como lo fué el medievo, o como lo es este mundo en que vivimos, hecho a partes iguales, de bandidos endemoniados y de beatos tartufos. En cuanto a mí, la vida me ha enseñado a desconfiar por instinto, de aquellos que tratan como a un camarada a dios, y que, según la magnífica frase del pueblo, "orinan agua bendita". Además, para ser ateo se necesitan condiciones mentales y posiciones de conciencia que no todos tienen. No es ateo cualquiera. Por mi parte, yo, con mi vida recta, austera y limpia por delante, tengo el orgullo de proclamar que, en ningún acto de mi vida uso de dios. Y si me preguntan **por qué,** responderé con la frase de Laplace cuando Napoleón le decía "por qué no nombraba a dios en su sistema del mundo". "Porque no tengo necesidad de semejante hipótesis". Proclamar que se cree en dios y en el infierno, y mancharse de maldades, es demostrar prácticamente que no se cree. Ser hombre honesto y proceder rectamente en la vida obedeciendo al mandato de la conciencia, es todo lo que se puede y se debe exigir a un hombre. Todo lo que **no sea esto** carece de valor moral. Yo afirmo que, una sociedad de hombres que vivan entregados a las altas especulaciones del espíritu, no será jamás una sociedad de malvados. Aunque chillen lo contrario todos los Infalibles. Por otra parte, la historia del ateísmo demuestra **experimentalmente,** que se puede ser **un ateo** y **un justo.** El **apriori** de los fanáticos: "ateo... ergo malvado", es desvirtuado **a posteriori** por todos los hechos. Si se usara poner en los altares a santos que no han creído en dios, todas las catedrales del mundo serían insuficientes para contenerlos. En cambio, hay muchos asesinos en los altares. En España tenemos de lo uno y de lo otro... y abundante. De lo primero tenemos la historia de Cayetano Ripoll, el maestro de Ruzafa, el "Santo" de Ruzafa, el "Jesús" de Ruzafa, ahorcado por la iglesia en 1829 por ser incrédulo. Y era un santo. Cuando lo sacaban de la cárcel para matarlo, los presidiarios llorando gritaban a coro: "¡Van a matar a un santo". "Van a matar a un santo". Tenemos a Sanz del Río, filósofo krausista, a Salmerón, Pi y Margall y Pérez Galdós, pensadores, escritores y ateos. ¡¡Pero los hombres más austeros y más puros que ha tenido mi patria!! Para sí quisieran todas las naciones del mundo, unos cuantos millares de estos gloriosos ateos... De lo segundo... prefiero no decir nada.

Pues bien: en la vida, ser "hombre de bien", es todo lo que importa. Ser "hombre de bien", es lo más y lo mejor que se le puede pedir a un hombre. Y la "única belleza moral" que debiera reconocer la iglesia, si ésta fuera lo que debe ser. Creer en dioses, o mandarlos al diablo; ser un fanático o un perfecto anticlerical, son puras anécdotas. Nada de esto cambia la esencia de las cosas. Y la esencia de las cosas en este caso es, que la religión es una pura fuerza espiritual, cuyo impulso tiende a la elevación interior del alma humana, acercándola en lo posible a la perfección que concebimos en esa idealidad abstracta e inexistente que llamamos el Ser Supremo. Que éste exista o no, no es obstáculo para que soslayemos el mandato de acercarnos a él, por un proceso continuo de perfeccionamiento interior. Toda la vida de las almas grandes no es sino la historia de un vencimiento de obstáculos que les im-

pedía acercarse a aquella cima suprema. A esta escuela pertenecen los místicos. Todos los místicos: igual los laicos que los creyentes. Y aún éstos, pueden ser superados por aquéllos. Entre ambos grupos, hay la misma diferencia, que entre "una moral sin fines" y otra "con fines". La primera será siempre superior, porque la verdadera moral es, "ser sin condiciones". Y si tratara de encarnar esta moral en un tipo, iría derecho al paganismo, y eligiría **el estoico,** para quien **el deber, todo el deber, es la única regla de conducta,** sin esperar nada de nadie, ni de los hombres ni de los dioses. Krisnamurti y Gandhi son moralmente superiores a Teresa de Jesús y a Juan de la Cruz, y a los místicos de la escuela clásica española, cuya santidad acumulada no ha sido bastante a cambiar un solo pelo a ningún lobo falangista de nuestros días.

No hay que **parecer;** hay que **ser.** Hay que reaccionar contra la religión de lo exterior. Cuando Jesús de Judea decía (si lo dijo): "Ora en tu casa tú solo, y a solas con tu dios"; y "que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha", proclamaba la religión interior y condenaba la religionería de las mojigangas. Cultivar **procesiones** en vez del **yo,** sólo es fomentar las artes fotogénicas brillantes y espectaculares, y dar la sensación de que **hay** lo que **no hay.** La España de los mojigangas nos da la prueba de ello. Si las mojigangas fueran religión, España sería la nación más religiosa y perfecta. Sin embargo, es allí donde más se blasfema, y donde los símbolos sagrados son mandados... a cualquier parte, por el más leve motivo. Y los hombres de la iglesia nacional, no son ajenos a esta **práctica nacional.** Esto lo saben todos los españoles Ahora, quiero traer a mi molino una anécdota de Austria. Eran los días de Francisco José. Un archiduque austriaco, ministro de la guerra, mandaba en una pragmática que todos los oficiales fueran a misa. Y cuando altos jefes del ejército le replicaron que ellos no creían en la misa, él respondió: "lo que menos me importa es que ustedes crean o no crean; sólo me importa que vayan". Claro que iban. La carrera de toda su vida, bien valía una misa. Pero aquel atropello de su conciencia convertía una incredulidad, antes inofensiva, en **odium dei** y en irreligiosidad agresiva. Es por esto que, en los países católicos se ha vivido en perpetuos carnavales. ¿Qué carnavalada mayor que esa pugna entre lo exterior y lo interior? Así fué en la España del rey, y sigue siendo en la de Franco, donde, a un falangista se le permite ser ateo, pero no se le permite dejar de ir a misa. En nombre de esta lucha entre la creencia y la conducta, es que ha sido posible privar de la vida a dos millones de españoles, pero no es posible soportar que una cabeza de palo esté privada de una corona. Igual, igual que en los zocos de Marruecos, donde otros pobres hombres, enfermos también del sentido religioso, se desgarran las carnes con disciplinas de hierro, en sangrientas mascaradas, a la mayor gloria de Alláh. En la España tradicional, todo, hasta la iglesia, suena a paradoja y a hueco. El advenimiento de la República, trajo una solución de continuidad para la tradición de lo exterior. Se afirmaba la libertad religiosa y se marchaba al equilibrio entre lo interno y lo externo. Por medio de la libertad, la religión se depuraba. Y aunque los fanáticos y los tontos griten lo contrario, **la religión salía ganando.** ¡Y era la República la que la limpiaba de corrupción y la ennoblecía! Si la iglesia fuera lo que debe ser, debía haber saludado a la República, como a su mejor defensor. La iglesia se había desviado de su camino. La República quiso enderezarla, pero ella prefirió seguir torcida. Pero la República no está muerta, y la iglesia ha de pagar caro su error.

Durante la monarquía, el cable no nos traía sino estas noticias: "ha muerto un torero"; o bien "ha pasado la procesión"; o bien "ha caído Romanones"; o bien "el rey ha cazado conejos". Tan grandiosas noticias esponjaban nuestro espíritu y nos hacían sentir el orgullo de ser españoles. Era en España donde acontecían tan sublimes cosas. Las procesiones pasaban y pasaban; los toreros morían; Su Majestad se divertía; Romanones, como Quevedo, subía y bajaba. El renombre español se iluminaba y ganaba contornos universales. Las demás naciones estaban entregadas al diablo de pequeños menesteres: ganaban guerras en el exterior; estudiaban; pensaban; escribían libros, exportaban productos de toda clase; ganaban riqueza y cultura. Nosotros exportábamos carne sagrada y ganábamos indulgencias. Y ganábamos guerras... contra España. Para esta faena teníamos siempre listo un buen lote de generales y generalísimos, dispuestos a ganarle batallas a su patria, y a jugarse veinticinco años de progreso nacional entre dos cuarteladas. A lo largo de todo el "ochocientos", el mal de cura y el mal de soldado, fueron nuestras glorias. Hasta Romanones, el bigardo conde, por decir agudezas con su viveza de ratón, y por guiñarle el ojo a la picardía, fué nuestro mayor asombro de estadista. Pero en abril del 31, toda esta barbacoa se derrumbó. ¡Había entrado la República! Y la República, una concepción humana creada por unos hombres que no iban a las procesiones, ni sabían cazar conejos, pero que sabían leer mucho, pensar mucho, y escribir buenos libros, sólo pensó en construir escuelas y en levantar a la gloria del Espíritu, catedrales donde al alma nacional pudiera elevarse a las cimas más altas en el tiempo más breve. Había que redimir de la esclavitud de las tinieblas a los españoles que aspiraban a indianos. En adelante, ya no se vería detrás de ningún mostrador americano, un solo español **millonario** que estampara un magnífico **Lucas Gómez** al pie de sus cheques. La Repúbica no enseñó a ningún español los pecados mortales ni los veniales, ni las condiciones para subir al cielo. Harto haría si construía hombres que tuvieran sus raíces bien hincadas en la tierra. Pero el vendaval del 36 derrumbó las construcciones del hombre futuro y puso de moda el pasado. Y las procesiones siguieron pasando. Y las mascaradas se aclimataron en la calle como en su medio natural. Hoy nos anuncian la última para devolver a su propietaria un adorno que había perdido. Ayer nos anunciaban otra mojiganga aparatosa para llevar a Covadonga, en caravana de disciplinantes descalzos, una estatua de piedra desde Francia. Anteayer otra gran carnavalada para pasear por las calles de Sevilla a la Macarena, nombrada de oficio "Capitán General" y adornada con un fajín de general traidor. El día antes, otra gran fiesta pagana en Zaragoza con la Pilarica por las calles, después de ajudicarle el título de "Mariscala de los Ejércitos Salvadores". Y durante la infame guerra, secciones de carros de asalto "del Corazón de Jesús", con misas grotescas celebradas sobre cureñas de cañón, y hasta con generales suficientemente imbéciles que las ayudaban... Y así, entre campeonatos de religionería exterior y campeonatos de crueldad, se han gastado las fuerzas de España. En tales condiciones, nada de extraño que la nación no haya hecho cosa de provecho. Ni en política exterior, ni en colonización interior, ni siquiera en el terreno religioso. Y esto es lo más notable. Con los ojos vueltos hacia el cielo, podía perdonársele a España la falta de esas mentalidades terrestres que escriben libros de valor universal destinados a no morir nunca. Pero en ciencia religiosa, cualquiera tenía derecho a esperar de la nación más clerical del mundo, libros superiores a los de todas las naciones. Y es lo contrario, porque su clero es mentalmente inferior a todos. La civilización no tiene que agradecerle a España un solo estudio sobre cristología o sobre filosofía de las religiones. ¡En este punto, cuán por debajo estamos de Alemania, de Francia, y hasta de Italia con la cual tánto parecido tenemos en atraso y en fanatismo! Aunque no hubiera otros libros, ésta última puede ostentar para probarlo, la magnífica serie de **Apologías de las religiones,** que son un verdadero banquete de dioses para los gustos refinados.

Pero como este trabajo resulta largo, lo continuaré otro día en que estudiaré la parte fundamental sobre las relaciones entre la religión y la moral. Cito para él a mis lectores.

VÍCTOR LORZ

Un cuento "inactual" de Cervantes

Había en Sevilla un loco que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algún perro en la calle, o en cualquiera otra parte con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota, y teniéndolo desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo a los circunstantes, que siempre eran muchos:

—¿Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? —¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?

(En la 2da. parte del *Quijote*. Edición de los "Clásicos Castellanos". Madrid. 1912).

La vuelta a los lugares comunes

(*Viene de la página 8*)

ron los edificios cáscaras de huevo llenas de ventanas y plagadas de todos los abusos comerciales y propagandísticos imaginables. Pero el debido centro fué hallado. Y eso, es lo que yo señalo como sintomático. Lentamente, con un maravilloso espíritu de asimilación, la arquitectura y su ayudante, la decoración, se valen de nuevo de las líneas Luis XV, y los estilos normando, gótico y cubista tratan de juntarse en una conjugación de belleza y comodidad. Descubrimos asombrados que nos podemos sentar en una silla española sin sentir la rigidez de una coraza, los espejos venecianos y los patios "misión", vuelven austerizados o aligerados por el nuevo sentido práctico. Es el reajuste, la captación de la línea, el retroceso consciente a los lugares comunes, usando siempre los conocimientos adquiridos sin abusar de la superación.

La música, descubriendo la nota en algo más que en el mismo instrumento, ha ido desde el aprovechamiento de dichos nuevos tonos, hasta el enloquecimiento por ellos mismos, introduciendo en las orquestas objetos que nunca pensáramos capaces de producir más que molestia; chirridos, gritos y otros recursos sonoros tan incalificables como los anteriores. Hubo momentos en que todo respeto parecía estar difinitivamente perdido y en el cual ya parecía que la música clásica no volvería a ser nunca más inteligible a nadie, sino para unos cuantos seres dotados de condiciones auditivas especiales. Luego, lentamente, y sin desdeñar esas adquisiciones reveladoras, el simple sonido aparece regulado técnicamente por los auténticos valores viejos que todavía eran aprovechables y la música clásica moderna, enriquecida, vitalizada por los nuevos descubrimientos, se serena y declara "antimusicales" los abortos producidos con anterioridad, sin dejar por eso de utilizar lo que en verdad quedaba del movimiento: nuevos tonos, sonoridades desconocidas, ritmos extraños, y el más auténtico y genuino descubrimiento—aprovechamiento—hecho en esa época de exhuberancia: el folklore. El reajuste se produce con vigor legítimo.

La pintura y la escultura asimilaron el cubismo, rebasaron a los cubistas y volvieron al naturalismo y neo-clasicismo, y luego, a la línea gemela de sí misma, siempre desdeñando aquéllas que el exceso místico o romanticista habían convertido en conceptos académicos y muertos. También en esto hay síntomas visibles de saneamiento autocrítico.

La literatura decadentista, —calificativo que merece por la extracción violenta que hizo del concepto humano, para ofrecernos en su lugar píldoras de exhumaciones puramente cerebrales,—va desapareciendo. El abandono deliberado en el motivo literario de todo lo que significó pasión de hombres, el horror a pintar el tipo mediocre de tal manera manifiesto, que el individuo de novela fué un ente cerebral que no se encontraba en ningún sitio, la dignificación absurda del elemento inteligencia, hasta el extremo de que ya empezábamos a resignarnos a considerar "el arte moderno como un arte para artistas", todos esos conceptos de período de saturación van pasando. El abuso de presentar al personaje novelesco moderno como un perverso de su propio cerebro, idéntico a aquel que hizo del mismo en otra época un ente ideal y delicado, tan inmaterial que llegaba a ser el pervertido de su propio corazón, es ya, sin duda, un método en extinción. Los individuos de la auténtica novela moderna, la que yo llamo auténtica porque ha asumido su responsabilidad histórica totalmente, no necesitan como condición primaria ser inteligentes o geniales. El tonto, el mediocre, el anodino, el de todos los días, vuelven a sonreírnos confiadamente con caracteres conocidos, y en íntimo contacto con la estupidez, la mediocridad y el anonimato que todos llevamos dentro, en las novelas de hoy. Ya no todas las niñas de esos libros son exóticas o caleidoscópicas, vuelven a ser simplemente niñas, mujeres y madres, y los hombres, dejan de ser estilizaciones cerebrales, enfermos sexuales o potencias comerciales, para parecerse otra vez al buen señor, al hábil señor o al inquietante señor de todos los días. Un proceso de depuración se opera con visibles y reconfortantes caracteres.

Con una mirada somera he tratado de observar el mismo e idéntico fenómeno en las principales manifestaciones artísticas del día. Sólo hay una que no he fijado porque merece capítulo aparte. Me refiero a la poesía y, específicamente, a la poesía en América Latina. En este terreno los descalabros artísticos se producen con preocupadora generosidad.

Una vez que nos acostumbramos a que "la princesa está triste" y con la princesa una oleada de tristeza con corbata de lazo inundó al mundo, produciendo escalofríos de nostalgia en la espina dorsal del pensamiento poético; cuando hacía muchísimo tiempo que "el tierno secreto", "el astro celeste" y "el fulgor de tu mirada" se habían convertido en lugares comunes, empezamos a oír sin sobrecogernos que "tan móviles, tan móviles" se podía repetir sin afectar la estructura ni el valor del verso, como se podía asimismo insistir en "tan fértiles, tan fértiles" y en "tan sórdidos, tan sórdidos" y ser, sin embargo, **La canción de la vida profunda** una poesía estupenda. Nos estremecimos luego desconcertados ante "el viento verde", "el caballo sobre el mar", y "la muerte entra y sale de la taberna". Un despertar genuino sacudió como un latigazo el puritano romanticismo en que se había pervertido el romanticismo legítimo, y, descubriendo el desnudo, el sexo y la masa cerebral sin rubores postizos, escuchamos que se podía sentir "sed de ti", que "el cuerpo de piel, de musgo, de leche ávida y firme" era una realidad, y que "Mejillas Propicias Al Modo Moroso Me brinda La amiga..." podía ser una estrofa tan completa como una de Núñez de Arce o Calderón de la Barca. El genio de García Lorca, de Neruda, de Guillén, de Alberti, había cumplido la parábola creadora realizando un nuevo concepto poético para América y para el mundo.

América, que ha efectuado conjuntamente con el resto de los países la síntesis ordenadora de las adquisiciones artísticas, en poesía no sintetiza. Una verdadera avalancha de garcía lorcas, nerudas, guillenes y albertis nos llena en manifiesta superproducción. Plenamente saturados con tales adquisiciones, consagrados los nuevos poetas, aceptada su terminología, cumplida la parábola creadora, América, sobria en otros campos, se descalabra majestuosamente en poesía, y todos los días, en todos los tipos de imprenta y en cada una de las revistas o periódicos de habla latina en el continente, otro y otro poeta o poetisa cree haber descubierto la auténtica musa americana, y efectúa su sacrosanto matrimonio con la sagrada novedad tantas veces violada, vejada y vuelta a vejar, convencido de haberla encontrado en perfecto estado de virginidad.

Se pierden las esperanzas de volver a escuchar la frase simple, "simple como un anillo" al decir de Neruda y hoy, sin recurso, el mar no se llama mar, es "un cielo de aguas", la mañana clara "es un trozo de goma arábiga", la noche, una "campana de ruidos", los países han de ser "un país sin mapa", y algún sitio memorable solamente puede encontrarse "aquí donde el sapo se tragó la mariposa".

Como si esto fuera poco, se descubren también nuevas (?) fórmulas que son usadas hasta el cansancio sin la más remota posibilidad de abandono. Cuando estuvimos anegados de comparaciones exactas, que cuadraban el objeto con la forma sin dejar resquicio, cuando ya las montaduras para los pensamientos del poeta estuvieron casi agotadas, entonces se inventó una salida mágica que permitía márgenes muy amplios para la falta de imaginación del autor. Se ideó el "como". Ya ninguna cosa es como es, sino es "como" cualquier otra que tenga con el original alguna remota semejanza. "Negros de mejillas — como —ciruelas", "los muslos de él—como—caoba sudando fuerza" y ni los pobres verbos se han salvado de esta vaguedad lingüística: se siente "como" deseos..., "se hace—como—impulso"..., se "oye como..." y se come "como". Es sencillamente abrumador.

Repito que América demanda una higienización poética. Hay necesidad inmediata de volver en este terreno a los lugares comunes, que hoy por hoy, y en tales circunstancias, resultan salvadores. Hay deseo, sed, de que el cielo vuelva

a ser cielo, y a tener nubes, estrellas y constelaciones que se llamen por sus respectivos nombres. La adquisición fundamental de la poesía moderna está hecha: la traslación de la música—antes aplicada al metro—y hoy al ritmo. El público ha aceptado, en parte con gusto y en parte con resignación, la rotura del molde viejo, la llamada distinta a los sentidos que provoca la poesía moderna. Ha cumplido su labor renovadora y un reajuste, una cercenación rápida de tanto aborto poético, se plantea. La alarmante prolijidad de la musa americana, es ya un fenómeno de conejera. Vuelve a hacerse sentir la conocida frase: "Mucho poeta y poca poesía".

Parece ser que el construir versos es una enfermedad infantil de la misma virulencia que el sarampión o la escarlatina; es más, tiene una época precisa de aparición que fluctúa o dura de los quince a los veinte años de edad. Dentro de ese lapso, la aparición es inminente, casi no hay quien escape, y todas las clases sociales, con iguales síntomas, sufren idéntico descalabro mental. Encuentro muy razonable que, comprendido como una plaga necesaria e inevitable el fenómeno, se estudie y considere, pero lo lamentable, lo seriamente grave, es que parece existir en América un tabú que impide un juzgamiento preciso del verdadero valor de un poeta. Sólo se requiere en nuestro Continente usar esos términos astrales, romper violentamente con el metro, la rima y el movimiento, estar al tanto de los últimos descubrimientos formalistas como el "como", para ser consagrado poeta. Y así se queda. La crítica, tan severa—por suerte—con el prosista, sonríe indulgente ante el poeta, y entra éste sin más requisitos que sus absurdos, a integrar con positivos honores la clase intelectual de vanguardia. No he oído decir hasta la fecha de ningún poeta que en América, haciendo versos bajo la bandera del modernismo terminológico y formal, sea considerado como malo. Es tan amplia, tan terriblemente amplia la puerta de la crítica para él, que todos pasan por ella, y ella acoge a todos como una gallina o una ramera.

Volviendo una vez más sobre el distingo que hice al principio de que el valor de la realización artística está en razón directa a la distancia que media entre el eje vital del individuo y el margen que puede cubrir con su responsabilidad mental, pregunto, dándole al requerimiento toda la severidad que debe revestir, cuántos de nuestros poetas tienen autoridad mental suficiente para ser aceptados como tales, y cuáles son los conceptos que en América califican a un versificador como bueno.

Un movimiento de auténtica decadencia poética se presenta en América y un desbarre majestuoso nos recorre, copiando descaradamente a los poetas españoles, o bien, calcando sin entenderlos ni tener su profundo sentido histórico y epónimo, a Neruda y a Guillén.

Se hace necesaria el reajuste de valores que vuelva a los lugares comunes, y asimile también lo adquirido, hasta producir por conocimiento, por digestión consciente y por necesidad histórica, al individuo que, convirtiendo con su nueva parábola en lugares comunes las conquistas anteriores, señale en verdad una época nueva para lo poesía americana.

YOLANDA OREAMUNO

Un emblema español

BARCALA.—Pero en las opiniones de usted hay no sé qué de acerbo, de hostil, que no parece de un amigo.

GARCES.—Pues me callo. La discusión me ha llevado a confesar mi descorazonamiento por el futuro de España. Estoy desolado por el fracaso de la República y sus consecuencias. La amargura se filtra en mis palabras y les presta un sabor que puede engañar. Para concluir amistosamente, lo resumo en un emblema de España. ¿Quieren ustedes oírlo? Ahí va: ustedes conocen, de nombre, por lo menos, un pueblecito cercano de Madrid: Ciempozuelos. Hay en él o había dos manicomios. Al producirse el ataque a Madrid, Ciempozuelos quedó entre dos líneas, sin que los unos pudieran conservarlo ni los otros ocuparlo. No era de nadie. Ignoro si continúa lo mismo. Un conocido mío, destinado en las inmediaciones, acertó a introducirse solo en Ciempozuelos. Todo el vecindario había huído. El pueblo estaba desierto, salvo que los locos, quebrantadas las puertas de su encierro, campaban por sus respetos. Solamente los locos. Me parece innecesario explicarles a ustedes, rasgo por rasgo, la exactitud de este emblema español. Si quieren prolongarlo con la fantasía, veamos cómo tratará cada bando el caso de Ciempozuelos. Si entran los autoritarios, los rebeldes, fusilarán a la mitad más uno de los locos, que no habrán dejado de decir palabras imprudentes acerca de la libertad, y a los restantes los encerrarán a viva fuerza. Si entran los del Gobierno, convocarán a los locos, y un representante del Frente Popular les pronunciaría un discurso, inculcándoles que se dejen encerrar. No se dejarán. Entonces se nombrará un comité mixto en el que tendrán representación los locos, y por transacción se acordará encerrar el 25% de ellos. Los otros permanecerán sueltos, y para garantía, los locos tendrán dos puestos en el nuevo ayuntamiento. Cuando se trate de elegir alcalde, reñirán todos, y los locos se retirarán dignamente del comité mixto y del ayuntamiento. No hay más.

MARON.—Es una caricatura cruel.

(De Manuel Azaña, en Barcelona, abril de 1937. Del libro *La Velada en Benicarló*. Diálogo sobre la guerra de España. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. 1939).

Tiranía

El filósofo repudia toda gobernación basada en la dictadura o la tiranía. Constituye la dictadura, según él, el modo más viejo de gobernar (desgobernar). Es una invención que revela lo poco inventivo que es el rey de los inventos, el hombre. Toda tiranía procede, constitutivamente, de la esclavitud. La leche con que amamanta la esclavitud "deja perennemente su sabor en los labios".' Un tirano se hace "de le vileza de muchos y de la cobardía de todos." Lejos de creer Varona —como creía Martí—que la queja es una prostitución del carácter, sostiene que el pueblo oprimido que no se queja está deshauciado, ya que "la queja es, al menos, un síntoma de vida".'

(De Medardo Vitier y Roberto Agramonte en el libro *Enrique José Varona: su vida, su obra y su influencia*. La Habana. 1937.)

*

Vida, mundo y principios

Desconfiaba algo la buena señora de la eficacia de los institutos religiosos para enderezar a la gente torcida. Lo que allí aprendían decía, era el arte de disimular sus resabios con formas hipócritas. En el mundo, en medio de las circunstancias es donde se corrigen los defectos, bajo una dirección sabia. Muy santo y muy bueno que al raquitismo se apliquen los reconstituyentes; pero doña Lupe opinaba que de nada valen éstos si no van acompañados del ejercicio al aire libre y de la gimnasia, y esto era lo que ella quería aplicar: el mundo, la vida y al mismo tiempo principios.

(B. Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*. 2da. parte. Madrid. 1916).

Sobre la lectura e interpretacion del "Quijote"

(*Viene de la página 2*)

toda clase de insignificancias. Le han dado vueltas y más vueltas considerándolo como obra literaria, y apenas si ha habido quien se haya metido en sus entrañas.

Pero hay más todavía: y es que cuando alguien ha intentado meterse en las tales entrañas y dar a nuestro libro sentido simbólico o tropológico, han caído sobre él los masoretas y sus aliados los puros literatos y toda frasca de espíritus cobardes y le han puesto como no digan dueñas o se han burlado de él. Y de cuando en cuando nos sale algún santón de la crítica sesuda y de cortos vuelos diciéndonos que Cervantes ni quiso ni pudo querer decir lo que tal o cual simbolista le atribuye, sino que su propósito fué tan sólo el de desterrar la lectura de los libros de caballerías.

Convenido que así fuese; pero ¿qué tiene que ver lo que Cervantes quisiera decir en su **Quijote**, si es que quiso decir algo, con lo que a los demás se nos ocurra ver en él? ¿De cuándo acá es el autor de un libro el que ha de entenderlo mejor?

Desde que el **Quijote** apareció impreso y a la disposición de quien lo tomara en mano y lo leyese, el **Quijote** no es de Cervantes, sino de todos los que lo lean y lo sientan. Cervantes sacó a Don Quijote del alma de su pueblo y del alma de la humanidad toda, y en su inmortal libro se lo devolvió a su pueblo y a toda la humanidad. Y desde entonces Don Quijote y Sancho han seguido viviendo en las almas de los lectores del libro de Cervantes y aún en la de aquellos que nunca lo han leído. Apenas hay persona medianamente instruída que no tenga una idea de Don Quijote y Sancho.

No ha mucho que un docto alemán, A. Kalthoff, en un libro interesante (**Das Christus Problem**) ha vuelto a la ya antigua tesis, nunca del todo abandonada por todos, de la no existencia histórica de Jesús de Nazaret, sosteniendo, con argumentos más o menos fundados, que los Evangelios son novelas apocalípticas compuestas en Roma por judíos cristianos, y que el Cristo no es más que un símbolo de la Iglesia cristiana, que nació en las comunidades judías en virtud del movimiento económico-social. Y agrega Kalthoff que eso debe importar poco a los cristianos, pues que Cristo no es el Jesús histórico que pretende restablecer en toda su pureza y exactitud históricas la escuela protestante liberal, la que el autor llama teología de la vida de Jesús (**Leben Jesu Theologie**), sino la entidad ética y religiosa que ha venido viviendo, transformándose, acrecentándose y adaptándose a las diversas necesidades de los tiempos en el seno de la conciencia colectiva de los pueblos cristianos.

No traigo esto aquí a colación por hallarme de acuerdo con la doctrina de Kalthoff, ni tampoco para rebatirla—odio las refutaciones, que suelen ser modelo de mala literatura y de peor filosofía,—sino tan sólo para poner más en claro lo que pienso respecto al **Quijote.** A nadie se le ocurrirá sostener en serio, no siendo acaso a mí, que don Quijote existió real y verdaderamente e hizo todo lo que de él nos cuenta Cervantes, como la casi totalided de los cristianos creen que el Cristo existió e hizo y dijo lo que de él nos cuentan los Evangelios; pero puede y debe sostenerse que Don Quijote existió y sigue existiendo, vivió y sigue viviendo con una existencia y un vida acaso más intensas y más eficaces que si hubiera existido y vivido al modo vulgar y corriente.

Y cada generación que se ha sucedido ha ido añadiendo algo a este Don Quijote, y ha ido él transformándose y agrandándose. Mucho más interesante que todas las menudencias y pequeñeces que han ido acopiando respecto al **Quijote** los masoretas cervantistas y sus congéneres, sería recoger las distintas maneras como han entendido la figura del hidalgo manchego los distintos escritores que sobre él han escrito. En cientos de obras se ha sacado a Don Quijote y se le ha hecho decir y hacer lo que ni hizo ni dijo en el texto cervantino, y con todo esto podría formarse la figura de Don Quijote fuera del **Quijote** (*).

(*) Es lo que intentaremos—hasta donde nos sea posible—en este semanario. Lo mismo haremos con la figura de Cristo y sus intérpretes conscientes: *Matan-atha.*

Y si Cervantes resucitara y volviese al mundo, no tendría derecho alguno para reclamar contra este Quijote, de que el suyo no es sino la hipóstasis y como el punto de partida; pues tanto valdría que una madre, al ver que su hijo llegaba a destinos en que ella ni soñó siquiera o que a ella le desplacen, pretendiera volverlo a su infancia y arrimárselo a los pechos de nuevo para darle de mamar, ya que no volverlo a su seno. Cervantes puso a Don Quijote en el mundo, y luego el mismo Don Quijote se ha encargado de vivir en él; y aunque el bueno de Don Miguel creyó matarlo y enterrarlo o hizo levantar testimonio notarial de su muerte para que nadie ose resucitarle y hacerle hacer nueva salida, el mismo Don Quijote se ha resucitado a sí mismo, por sí y ante sí, y anda por el mundo haciendo de las suyas.

Cervantes escribió su libro en la España de principios del siglo XVII y para la España de principios del siglo XVII, pero Don Quijote ha viajado por todos los pueblos de la tierra y durante los tres siglos que desde entonces van trascurridos. Y como Don Quijote no podía ser en la Inglaterra del siglo XIX, pongo por caso, lo mismo que en la España del siglo XVII, se ha modificado y transformado en ella, probando así su poderosa vitalidad y lo realísimo de su realidad ideal.

No es, pues, más que mezquindad de espíritu, por no decir algo peor, lo que mueve a ciertos críticos nacionales a empeñarse en que reduzcamos el **Quijote** a una mera obra literaria, por grande que su valor sea, y a pretender ahogar con desdenes, burlas o invectivas a cuantos buscan en el libro sentidos más íntimos que el líteral.

Si la Biblia tiene un valor inapreciable, es por lo que en ella han puesto generaciones de hombres que con su lectura han apacentado sus espíritus; y sabido es que apenas hay en ella pasaje que no haya sido interpretado de cientos de maneras, según el intérprete. Y esto es un bien grandísimo. Lo de menos es que los autores de los distintos libros de que la Biblia se compone quisieran decir lo que los teólogos, místicos y comentadores ven en ellos; lo importante es que, gracias a esta inmensa labor de las generaciones durante siglos enteros, es la Biblia fuente perenne de consuelos, de esperanzas y de inspiraciones del corazón. Y lo que se ha hecho con las Sagradas Escrituras del cristianismo, ¿por qué no se ha de hacer con el **Quijote,** que debería ser la Biblia nacional de la religión patriótica de España?

Acaso no sería difícil relacionar lo endeble, fofo y huero de nuestro patriotismo con la estrechez de miras, la mezquindad de espíritu y la abrumadora ramplonería del masoretismo cervantista y de los críticos y literatos que han examinado aquí nuestro libro.

Tengo observado que de cuantas veces se cita en España el **Quijote** con elogio, las más de ellas es para citar los pasajes menos intensos y menos profundos, los más literarios y menos poéticos, los que menos se prestan a servir de punto de apoyo para vuelos filosóficos o elevaciones del corazón. Los pasajes de nuestro libro que figuran en las antologías, en los tratados de retórica—debía quemarse todos—o en las colecciones de trozos escogidos para lectura en las escuelas, parecen entresacados adrede por algún escriba o masoreta que tenga declarada guerra al espíritu del Don Quijote inmortal, del que sigue viviendo después que resucitó del sepulcro sellado por Don Miguel de Cervantes Saavedra, luego que le hubo en él enterrado e hizo levantar fe de su muerte.

En vez de llegar a la poesía del **Quijote,** a lo verdaderamente eterno y universal de él, solemos quedarnos en su literatura, en lo que tiene de temporal y de particular. Y en este respecto, nada más mezquino ni más pobre que el considerar al **Quijote** como un texto de lengua castellana. Lo cual tampoco puede hacerse, pues en punto a lengua hay muchos libros castellanos que nos la presentan más pura y más castiza; y por lo que al estilo hace, no deja de ofrecer el del **Quijote** cierta artificiosidad y afectación.

He de decir más: y es que creo que el **Quijote** no es ningún buen modelo de lenguaje y estilo literarios castellanos, y que ha producido estragos en aquellos que han querido imitarlos, acudiendo, entre otras triquiñue-

las de oficio, al fácil y cómodo artificio de echar el verbo al fin de la oración. Pocas cosas conozco más desgraciadas que las producciones de los imitadores de la hechura literal del **Quijote,** como no sean las de aquellos otros que pretenden escribir en estilo bíblico haciéndolo en frases cortas, con muchos puntos finales y muchas **ys** y repitiendo mucho las cosas. Y así como puede haber soplo verdaderamente bíblico e inspiración profética en lenguaje y estilo completamente distintos de los de los libros sagrados de los judíos, puede haber inspiración y soplo quijotescos en un estilo y lenguaje que se aparten de los empleados por Cervantes en su libro imperecedero.

Cuéntase de uno de los reyes ingleses del siglo XVII, que preguntaba a uno de sus cortesanos si sabía castellano, y al contestarle que no, le dijo: ¡pues es lástima! Creyendo el cortesano que había pensado en darle alguna embajada en España o cosa parecida, se aplicó a aprender castellano; y cuando ya lo supo, se fué al rey a decírselo, y éste le dijo entonces: me alegro, porque así podréis leer el **Quijote** en su propia lengua. En lo cual demostró el soberano conocer muy poco el valor del **Quijote,** que depende en gran parte de que es un libro traductible, perfectamente traductible, y de que su fuerza y poesía toda queda en él, viértasele al idioma que se le vierta.

Nunca he podido pasar con eso de que el **Quijote** sea intraductible; y aún hay más: y es que llego a creer que hasta gana traduciéndolo, y que si ha sido mejor sentido fuera de España que en ella misma, se debe en buena parte a que no ha podido empañar su belleza la preocupación del lenguaje. O, mejor dicho, por no sentirse aquí su íntima grandeza hay tantos que se agarran a lo de su estilo y forma externa. Que, lo repito, me parecen no muy recomendables.

Todo consiste en separar a Cervantes del **Quijote** y hacer que a la plaga de los cervantófilos o cervantistas sustituya la legión sagrada de los quijotistas. Nos falta quijotismo tanto cuanto nos sobra cervantismo.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Concluirá en la próxima entrega)

Cabos sueltos

La fuerza de la mística

Como en el poema de Schiller, han sido echados ya los dados de bronce, no sobre la piel del toro como lo hacían los antiguos germanos, sino sobre la piel de Europa. El peso de esos dados está haciendo temblar al mundo. Una mística loca—la mística del hierro y del acero más que la mística de las ideas y de los principios,—se está resolviendo ahora en los campos de batalla donde los arados de la muerte van abriendo anchos surcos de sangre y de sombras. ¿Por qué se están matando hoy millones de hombres? Esos mismos hombres son los que hasta ayer creían en la civilización, en la cultura y en la vida; se creían a una distancia estelar de la barbarie. Habían creado ellos el libro, el ferrocarril, el avión, el radio; pero bajo la racionalidad de la técnica bullía el fuego primordial de la mística como una lava soterrana e hirviente. La técnica no era, pues, sino una cosa falsa...

Con su ayuda, el hombre descubrió continentes, dominó a la naturaleza, exploró el misterio del cielo, venció a los elementos. No habiendo ya contra qué luchar, el hombre se vuelve contra el hombre, destruye lo que ha creado en largos siglos para volver a empezar de nuevo. La mística—que es la fuerza principal del hombre primitivo—ha vencido a la razón, que es la fuerza del hombre culto. Pueden supervivir a esta hecatombe los elementos materiales de la civilización, pero los principios que la sustentaban están agonizando irremediablemente.

Ha llegado la edad trágica profetizada por algún filósofo. Un solo hombre ha desencadenado la más espantosa catástrofe de la historia humana. Pero ese hombre representa el instinto y la mística de una raza que se cree predestinada a dominar todo el mundo. Tomó entre su puño los dados de bronce y los arrojó sobre Europa. Los dados dijeron: "Guerra". Y la civilización ha empezado a perecer por el fuego y la espada, porque así lo ha querido un solo hombre. Es el bárbaro que se venga y que extiende, como un nuevo Atila implacable, su sombra sobre el mundo.

(*El Tiempo*. Bogotá, 2-IX-39).

•

Campaña antiracista en Chile

El instituto antiracista de Chile, que dirige una de las más eminentes figuras de la política chilena, el senador Sáenz, ha aprobado recientemente las conclusiones de su campaña. Ninguna obra de sentido más americanista que la de este instituto, ni que interprete de una manera más diáfana y concreta el espíritu y el sentimiento de estas razas nuevas de América, abiertas como una bahía de paz y de libertad al hombre extraño. Ya el gran Sarmiento había hecho en un discurso célebre un llamamiento a todas las razas del mundo para que contribuyeran a la creación de la república Argentina; y esa idea de Sarmiento, que fué más tarde una magnífica realidad histórica, es el principio que orienta y constituye el propósito noblemente humano del instituto antiracista de Chile.

Cada un día se define con mayor claridad y precisión la antítesis que América significa frente a Europa. Esta campaña antiracista contribuye a definir aún más el espíritu americano contemporáneo como réplica que hoy informa y caracteriza una dilatada porción del viejo mundo. Los países americanos no son campo propicio para la siembra del odio racial, para la lucha del hombre contra el hombre, en que se advierte un regreso a las más remotas y obscuras etapas de la evolución humana. Tierra de la libertad, del derecho, de la justicia, tiene que ser necesariamente antiracista; por otra parte, América ya está convencida de su destino universal que ha de ser el porvenir de la cultura, de la civilización y de todas las cosas que han creado el espíritu y la inteligencia en largos siglos de permanente superación.

La campaña del instituto antiracista de Chile tendrá una amplia y profunda repercusión en los demás pueblos hispanoamericanos. Basada en fundamentos científicos y filosóficos, esta campaña no es un simple movimiento sentimental, sino la síntesis actuante de una conciencia humana que han contribuído a crear sangres diversas, y que le restituye a América su misión de crisol en que se funde el metal de las razas para crear un mundo nuevo, más humano, más justo y más bello que el mundo que se extingue.

(*El Tiempo*. Bogotá, 25-VIII-39).

•

La crítica equitativa

Quedan dichas más arriba las razones teóricas en contra de la Constitución de 1844 y acabamos de ver las históricas que la explican. La crítica equitativa mira los aspectos diversos, contradictorios a veces, de cada cuestión y todavía no tenemos crítica en América. Carecemos de sentido histórico. Ni sospechamos cómo fueron otros estados de espíritu, distintos del nuestro. En vez de la balanza de precisión con que se pesan las cosas delicadas, usamos la grosera romana colonial. Nadie o casi nadie entiende que *la verdad está en el matiz*. Nadie trata de comprender el alma del pasado sin participar de sus errores.

Comprender el alma del pasado es un poco más difícil de lo que se cree. Ha menester la lucidez fina y flexible de un Anatole France o de un Lemaitre. Casi siempre falta entre nosotros la primera condición del arte y de la crítica, el amor al asunto, la inteligente simpatía. Sobre todas las cosas que tratamos vamos derramando como las *jibias* la tinta de nuestros odios atávicos. Nuestro ojo *daltoniano* falsea todos los colores.

(De Manuel Domínguez, *El alma de la raza*. Asunción, Paraguay, 1918).

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York

ERASE QUE SE ERA...

(*Rincón de los niños*)

* * * * * * * * * * * * * * *

Pasadas del tío Conejo

Las vuelve a contar Pablo Antonio Cuadra

(De la revista *Centro*, Managua, Nicaragua. Abril-Mayo 1939)

El rey de hojarasca

Como el tío Conejo era tan malo y había matado al tío Coyote, los cuentos llegaron hasta el Rey. Y entonces el Rey le dió orden a todos los animales que se lo agarraran vivo o muerto.

Los animales se reunieron en consejó. Y uno dijo:

—Hay que irlo a esperar al río donde tiene que bajar a beber.

Y se fueron. Pero tío Conejo, que para eso tiene las orejas grandes, oyó todo detrás de un zacatal y se puso a pensar.

Ainomás se había ido al pueblo y entró donde un zapatero, y en un descuido se le robó un zapatito que acababa de hacer. Y se fué al camino real.

Potai venía un hombre de mielar (cortar jicotes) y con el calabazo lleno. Entonces tío Conejo puso el zapatito en medio camino.

El hombre pasó y vió el zapatito:

—¡Eh! ¡Ve qué bonito el zapatito! Si estuviera el par me lo llevara... ¡pero uno para qué lo quiero!

Y siguió adelante.

Entonces tío Conejo recogió el zapatito y corrió y corrió más adelante, y vió que ya el hombre venía también. Entonces puso otra vez el zapatito en medio camino.

Ainomás llegó el hombre y ve el zapatito.

—¡Si aquí está el otro! ¡Voy a ir a traer el que dejé atrás y completo el par!

Y puso su calabazo de miel para ir ligero. Y salió corriendo a *trerlo*.

Eso esperaba tío Conejo. Y apenas el hombre cogió de vuelta destapó el calabazo y se bañó de miel todito.

Cerquita había una montaña. Y estaba todo el suelo cubierto de hojas caídas. Allí se revolcó tío Conejo y se le pegaron todas las hojas. Entonces se fué al río.

Y fué llegando. Y los animales alzaban las orejas al ver aquel animal nuevo tan extraño. Y le preguntaron:

—¿Quién es usté?

—¡Soy el rey de hojarasca!, dijo tío Conejo.

Y todos los animales se pusieron en dos filas y le rindieron honores mientras bebía.

Esa fué la maña de tío Conejo para beber agua y quedar libre.



Cabalgando va tío Palomito en busca de su novia.

Dibujo de *María Barquero* (10 años)

Tío Conejo, tío Buey y tío Tigre

Estera una vez un tío Tigre que venía en la ronda de una hacienda buscando qué matar. En eso un viento grande de huracán y bota un palo y le *cai* encima a tío Tigre. Y queda prensado.

Y tío Tigre empieza a gritar, en lo que pasa tío Buey.

—¡Ay, tío Buey, sáqueme de aquí!

—¡No, tío Tigre, usté es malo!

—Por Dios, tío Buey, le prometo ser bueno. No me lo voy a comer nunca.

Entonces tío Buey, que tenía buen corazón, se acercó al palo.

—Yo voy a levantar la rama *parriba*, y en lo que yo empujo, usté se *safa*, le dijo tío Buey.

Y así fué. Pero tío Tigre, ya desprensado, se olvidó de la promesa. Y ya se quería comer al tío Buey.

—¡Eso no es justo, tío Tigre!

—Es que tengo hambre, tío Buey, decía tío Tigre.

Y en esa alegata estaban cuando pasa tío Conejo.

—¿Qué es la discutidera?

—Sirva de juez usté, tío Conejo, le dijo tío Buey.

—¡A ver! ¡Cuéntenme el asunto! les dijo tío Conejo, arriba de una piedra.

Y tío Buey le contó el caso.

—¡No lo entiendo,! dijo tío Conejo.

—¡Jesús, tío Conejo! le dijo entonces tío Tigre, si está muy claro. Y le contó también el pleito.

—No lo entiendo, dijo otra vez tío Conejo.

—Se lo vamos a explicar, le dijeron tío Tigre y tío Buey. Tío Tigre estaba bajo de esta rama que lo tenía prensado...

—¡No entiendo!, vovió a decir tío Conejo.

—Vamos a hacerlo, pues, pa que lo *veia*, dijo tío Tigre.

Y el tío Buey volvió a levantar la rama y tío Tigre se puso debajo. Entonces tío Conejo le dijo a Tío Buey:

—¡Suelte la rama, tío Buey!

Y tío Tigre quedó otra vez prensado.

—¡Ese es mi fallo! —dijo tío Conejo—. Usté, tío Buey, váyase libre, y que tío Tigre se quede prensado por desagradecido.

Y ahí se quedó tío Tigre más bravo que una holocica.